
Nueva generación de narcóticos causan estragos en EEUU

23/12/2016



No se sabía lo que había en la bolsita. Era un polvo cristalizado confiscado, agrupado en lo que parecían ser diminutos cubitos de hielo a medio derretir.

Emily Dye, una química de 27 años en el Laboratorio de Sustancias Especiales de la agencia estadounidense antidrogas, no sabía si alguien había perdido la vida ingiriendo ese polvo, ni cuánto sería suficiente para matar a una persona.

Lo que sí sabía es esto: cada dos semanas estaba llegando una droga distinta al laboratorio, algo jamás visto en este gran edificio en Sterling, Virginia. Al analizarlas, se veía que eran opioides sintéticos fabricados para emular al fentanilo, un potente analgésico con 50 veces la fuerza de la heroína.

Este paquete, sospechó Dye, es probablemente una de esas nuevas drogas.

La proliferación de nuevas generaciones de opioides sintéticos ha sido tan feroz que la DEA las considera ahora una categoría distinta de droga, que está provocando la más mortífera crisis de adicción en la historia de Estados Unidos.

Los estupefacientes están llegando principalmente de China, dicen autoridades de Estados Unidos, aunque Beijing dice que no hay prueba de ello. Las leyes no se están aprobando lo suficientemente rápido para alcanzar la creación de nuevas sustancias. Tan pronto una sustancia queda prohibida, las mafias inventan una distinta que sí es técnicamente legal y la empiezan a vender por internet, a los hogares estadounidenses.

Actualmente mueren más estadounidenses por sobredosis de drogas que por accidentes viales. Casi las dos terceras partes —más de 33.000 sólo en el 2015— habían ingerido algún tipo de opioide, ya sea heroína, analgésicos recetados o, lo más reciente, sustancias sintéticas como la U-47700 y la furanyl fentanilo, elaboradas por químicos astutos capaces de mantenerse dentro de la ley.

Hoy en día son químicos forenses como Dye los que están en el frente de batalla en la guerra contra las drogas, descifrando los andamios moleculares de cada sustancia a fin de darle un nombre, rastrearla y regularla.

Con sus manos enguantadas, Dye sostuvo recientemente la bolsita con el polvo misterioso.

"Ahora me toca descubrir qué exactamente es esto", comentó.

Dye tenía una idea sobre cómo empezar. La bolsita había llegado con una nota diciendo que probablemente se trataba de fentanilo. La experta en química alzó un tubo de ensayo con 2 miligramos de fentanilo que tenía en su laboratorio. Parecía estar vacío, pero si se le ve con detenimiento se veían unas diminutas partículas de polvo blanco. Esas diminutas partículas son capaces de matar al 99% de la gente que las ingiera.

Fue hace tres años la primera vez que Dye trabajó con fentanilo. Si lo aspiraba o lo tocaba, podría morir. Era en ese entonces algo sumamente aterrador, y lo sigue siendo.

"No hay nada más espeluznante que manejar una dosis letal de una sustancia", comentó la científica, oriunda de Bluefield, Virginia.

Dye tenía todo el equipo protector necesario: anteojos de seguridad, bata de laboratorio cerrada, guantes de goma desechables, máscara para respirar. Siempre tiene cerca una inyección de naloxona, un antídoto para casos de sobredosis. Y en casos como éste, nunca trabaja sola.

El Laboratorio de Pruebas Especiales es uno de ocho laboratorios forenses administrados por la DEA. Tienen un diseño práctico y un ambiente académico. A lo largo de sus amplios pasillos, los salones están poblados con máquinas de alta tecnología de las que salen cables y tubos, y lavaderos llenos de frascos secándose. Por doquier se ven letreros con la frase "La seguridad es la prioridad". Reina un gran silencio.

Allí trabajan 40 químicos. Su trabajo es identificar sustancias decomisadas por la policía en las calles antes de que puedan hacer daño. Una de las sustancias que han identificado es carfentanil, tan potente que era usado como un arma química antes de ser introducida en el mercado norteamericano el verano pasado.
